

# DE SAN ILDEFONSO A CU

Sergio González Rodríguez\*

**A** Salvador Novo, ex alumno de San Ildefonso, nunca le gustó Ciudad Universitaria. Allí, en la expansión urbana que se apropió de los territorios sureños de la capital mexicana hacia la mitad del siglo xx, intuía el germen de un progreso que destruiría el mundo donde había vivido. Más que algo anecdótico, su rechazo remite a un hecho significativo: el cambio de los modelos de la cultura urbana, las transformaciones generacionales, y el despunte de nuevas atmósferas académicas.

El conservadurismo de Salvador Novo vuelto hacia un orden imaginario, que recolectaba lo mismo ciertos aires porfirianos que los secretos de alcoba posrevolucionario para propulsarse al reconocimiento de la solidez institucional bajo el ímpetu modernizador de signo alemanista, presentía como un implante ajeno a su gusto y sensibilidad el complejo educativo asentado en Pedregal de San Ángel, heraldo vergonzoso, a su vez, de la norteamericanización del país.

A pesar de sus apegos cosmopolitas, el que sería cronista de la ciudad vio en los nuevos edificios el presagio de una catástrofe creciente. Al paso de los años, escribía, decepcionado por los estragos múltiples de un paisaje urbano que conoció la mayor placidez:

Da flojera cruzar Insurgentes. Pero La Puerta del Sol no sufrió menoscabo. Ni lo ha sufrido ahora que de buenas a primeras el rumbo se ha llenado de Vip's, Linny's, Sanborn's; a un lado, la Alianza Francesa o algo así de numerosamente concurrido; enfrente, una academia de gimnasia; en la esquina por Arenal, una terminal de autobuses; imposible estacionarse. Y por Quevedo, otras tiendas gigantescas, y el hormiguero de compradores y coches; y de patrullas apostadas en la glorieta hacia la cu; y los estudiantes emprendiéndola a pie, o tratando de conseguir un aventón que la gente tiene miedo de darles.

Para Novo, no existirá ya otro mejor lugar que el hogar: "¡A casa, a casa! ¡Soledad, espacio, silencio, mientras duren!"

Resulta muy ilustrativo confrontar las percepciones novianas con lo que representaba en su trasfondo simbólico Ciudad Universitaria: el auge de una modernidad que se asentaba en el automóvil, la amplitud poblacional, la plenitud de los espacios públicos como sede expresiva a nivel individual y colectivo, la afluencia multitudinaria, el asalto a

\* Crítico literario, narrador, ensayista y guionista

los privilegios de barrio, los entrecruzamientos sociales a la vuelta de la esquina. En cierto modo, el ámbito de lo privado se reducía a la medida de los altos ingresos y, asimismo, se extendía hacia el dominio de la calle, de acuerdo con las carencias. El campus universitario se expresaría poco a poco como un reflejo de estos cambios. El antiguo barrio universitario de San Ildefonso, con su vecindario de templos magníficos y cúpulas orondas, sus muros de cantera y tezontle, sus fachadas barrocas, sus vecindades decimonónicas y su neoclacismo porfiriano, estaba hecho a la escala del paseante urbano bajo las resonancias históricas de la ciudad precortesiana, cortesiana, renacentista, y después colonial y mestiza que comenzaba a otear los tiempos modernos. Sergio Pitol describió, en su *Autobiografía* de 1966, el ambiente que imperaba en el campus universitario poco antes de trasladarse al Pedregal de San Ángel:

Hacia 1951 o 1952, creo, comencé a frecuentar la Facultad de Filosofía y Letras en el viejo edificio de Mascarones. Junto con Luis Prieto me había inscrito en la escuela de Ciencias Políticas y Sociales, recién inaugurada y que funcionaba, en aquél su primer año, en medio de una impresionante anarquía. El nivel de los cursos era deprimente. El ambiente estudiantil no nos resultaba de ninguna manera interesante. En cambio, sólo a cuadra y media, quedaba Mascarones, en cuyo café se discutía de filosofía, literatura, pintura, política, con un conocimiento y una sofisticación frente a la que los miembros de nuestro grupo Orión resultaban provincianos, de leyes, pues.

Por su parte, la Ciudad Universitaria del Pedregal de San Ángel distinguiría su futuro en los aires funcionalistas, cúbicos, rectilíneos, en busca de un eficientismo ingenieril que se veía como vanguardia de los saberes humanistas. No en balde, en la primavera de 1954 se inauguró en Ciudad Universitaria, en la planta baja del extenso edificio de Humanidades, una exposición industrial de la República Federal Alemana, que coincidió con las primeras actividades docentes en el nuevo campus. Allí se enamoraría el joven escritor Salvador Elizondo de un *Volkswagen* sedán, en el que acudiría semana tras semana a la universidad los siguientes 30 años de su tarea profesoral en la Facultad de Filosofía y Letras.

Miles de visitantes se admiraron con los adelantos tecnológicos y las maquinarias que allí se exhibían, además de que hubo diversos *stands* para la venta de cerveza y bocadillos germanos. En la novela *La mujer dormida debe dar a luz*, un estudiante de entonces, que se acoge al seudónimo de *Ayocuan*, consignó las atmósferas inaugurales de Ciudad Universitaria:



En la ciudad de escala humana que concibieron los arquitectos, coordinados por Pani y Del Moral, peatones y automovilistas tienen la misma jerarquía. La circulación en el interior del campus se realiza sin demasiado conflicto. Foto: Úrsula Bernath, 1958



Así, pues, cuando aquel día de marzo del año de 1954, Ciudad Universitaria inició sus labores, y yo, ya en mi calidad de universitario, estudiante del primer año de la carrera de historia penetré al edificio de Humanidades, una emoción, mezcla de los más diversos sentimientos, envolvió mi espíritu, e incluso pude percibir una intuición que muy raras veces se alcanza a sentir en la vida en forma clara y definida: la de que en ese preciso momento estamos tomando un nuevo derrotero, el cual nos llevará por caminos del todo diferentes a los utilizados hasta entonces, razón por la cual nuestra anterior forma de vida no podrá retornar jamás.

A lo largo de los siguientes años, la universidad dejaría atrás el humanismo tradicional en torno de una cultura superior, el libro y las élites ilustradas, para fermentar una nueva ideología que al menos en el ámbito del área de Humanidades, y sin desprestigiar del todo la influencia cultural previa, derivó del existencialismo marxiano hacia la exaltación del marxismo revolucionario y el estructuralismo, cuyos contenidos señalarían a toda una generación de remplazo, protagonista del movimiento estudiantil de 1968.

A partir de entonces, el campus universitario sería un microcosmos del país entero, de su imagen masificada o de sus contrastes, y las grandes movilizaciones de sus diversos sectores en las tres décadas siguientes: trabajadores, académicos, empleados administrativos, estudiantes le darían un rostro y una forma distinta a Ciudad Universitaria. Y se entrelazarían los anhelos participativos o el ansia de rebasar las jerarquías, los valores anquilosados. Así, acontecieron con todas sus simpatías y diferencias el Sindicato de Trabajadores y Empleados de la UNAM (STEUNAM) en los años setenta, donde confluía después el Sindicato del Personal Académico (SPAUNAM), y luego el Sindicato de Trabajadores de la UNAM (STUNAM); el Consejo Estudiantil Universitario (CEU) de los años ochenta y, más tarde, el Consejo General de Huelga de los años noventa (CGH).

El campus pasó de ser una entelequia en torno de los lineamientos platónicos más o menos realizados en el centro histórico, a una realización más o menos platónica de las nuevas entelequias ideológicas, en particular las de cariz izquierdista bajo el triunfo de lo periférico o suburbial. Ahí arraigaría la demanda de excelencia académica en medio de las paradojas inequitativas de las crisis mexicanas.

En su origen mismo, Ciudad Universitaria cifra la complejidad de un país en abandono paulatino de sus inercias tradicionales, enfrentado a un conjunto de retos que aún nos interroga de cara al siglo XXI. Contra las aversiones añejas de Salvador Novo, se impuso la necesidad histórica. ■

El contacto entre peatones y vehículos motorizados se dio también en el paradero de autobuses que llevaban principalmente a la ciudad de México. Excepcionalmente hubo algún taxi. En el interior del campus el peatón se movía sin peligro y todo se alcanzaba a pie. Foto: Úrsula Bernath, 1958